

vencido por alguno de los siete, se apoderaba inmediatamente de él un sacerdote llamado *chalchiuhtepehua*, le conducía herido ó muerto al altar de los sacrificios ordinarios, le abría el pecho, y arrancándole el corazón, lo arrojaba á los piés del ídolo. El vencedor no solo alcanzaba los plácemes y los aplausos del pueblo, sino que era premiado por el rey con alguna honrosa insignia militar.

Segundo mes. El segundo mes, que empezaba el 18 de
Fiesta al dios Marzo, se celebraban fiestas solemnes, en
Xipe. A los sacrificados se honor del dios *Xipe*, protector de los plateros.
les desuella Antes de que llegase el día de la anhelada
después fiesta, se escogían los desventurados prisioneros
de muertos. que debían ser sacrificados, y se les ponía en sitios
más cómodos y ventilados. Desde aquel funesto instante,
en que contados quedaban los breves días que iban á
permanecer en el mundo, se les servía la comida bien
condimentada y sustanciosa, á fin de que se presentasen
en la procesion que solía preceder á la hecatombe, vigorosos y lozanos, como correspondía á las víctimas destinadas á la festividad de un dios.

Mientras las escogidas víctimas esperaban el plazo fatal, ocultando su pena, pues se les obligaba á manifestarse contentas, los sacerdotes y la sociedad entera se disponían para la fiesta con severas penitencias, en que se sacaban sangre de varias partes del cuerpo, y con rigurosos ayunos.

Los encargados del adorno del templo, se manifestaban celosos de su deber, y engalanaban los ídolos y los altares con todo lo que juzgaban digno de la grandeza de sus númenes.

El ídolo del dios *Xipe*, objeto de la festividad, se veía lujosamente vestido, ostentando ricas joyas y delicados adornos de oro y plata, presentados por los plateros.

La devoción á sus divinidades no conocía límites en los mejicanos, y las oblaciones de pan, aves, semillas, pastas y delicados manjares, que hacían á sus dioses durante el año, bastaban para mantener á los ministros del templo.

Todas las mañanas se veía al pié de los altares del dios *Xipe*, lo mismo que en las fiestas de los demás dioses, centenares de platos con delicados guisos, que calientes presentaban á la divinidad, á fin de que llegando su regalado olor hasta el elevado sitio que ocupaba el ídolo, gozase el olfato con el aroma de las sabrosas viandas, que constituía, según sus creencias, el agradable alimento de las inmortales deidades.

Mientras los sacerdotes se ocupaban del ornato del santuario y cada miembro de la sociedad en los actos con que juzgaba hacerse grato á los ojos del númen, los nobles, animados del mismo sentimiento religioso, entonaban himnos guerreros en honor de los héroes, y los militares se ejercitaban en el manejo de las armas, arreglaban sus arcos, sus flechas, sus espadas y sus escudos, y hacían vistosos simulacros de guerra, en que ponían en juego todos los recursos de su reducida táctica. Los tlaxcaltecas daban grandes bailes, de nobles y plebeyos, y se presentaban vestidos de pieles de diversos animales, con abundantes adornos de oro y plata.

Llegado el día de la fiesta, la multitud invadía el tem-

plo, y los puntos próximos á él, para presenciar las ceremonias religiosas.

Los sacerdotes y los nobles bailaban delante del ídolo, en tanto que otros le incensaban con aromáticas resinas y elevaban cánticos en su alabanza.

Nada habia hasta allí repugnante ni sangriento.

Las escenas que reunian estas dos funestas condiciones, se reservaban, en la fiesta del dios Xipe, para lo último.

La procesion salia despues de terminadas las oraciones y los himnos religiosos, figurando en ella los desventurados prisioneros destinados al sacrificio.

Despues de haber recorrido todo el espacio al rededor del templo, la procesion volvia á entrar en éste, poco antes de la caida del sol.

El momento de los sacrificios habia llegado, y estos sacrificios, en la fiesta del dios Xipe, que nos ocupa, presentaban un aspecto de crueldad aterradora. Las desventuradas víctimas no eran conducidas apaciblemente al sitio en que debian recibir la muerte, sino que eran llevadas al átrio superior del templo, tirándolas por los cabellos. Allí las esperaban, con sus repugnantes vestiduras salpicadas de sangre, con el luengo cabello enmarañado, con las cabezas ceñidas con cintas de cuero y teñidos de negro el cuerpo, seis inflexibles sacerdotes, que desempeñaban el terrible cargo de sacrificadores.

Las víctimas eran llevadas por éstos, una á una y desnudas, al altar del sacrificio. Allí el sacrificador señalaba á los circunstantes el ídolo á quien se dedicaba aquel holocausto, para que lo adorasen; y mientras la multitud

oraba de rodillas, los sacerdotes tendian al prisionero sobre el altar de piedra; cinco le sujetaban la cabeza, los piés y las manos; y el sexto, abriéndole el pecho, le arrancaba el corazon que, palpitante, lo ofrecia al sol, arrojándolo en seguida á los piés de la funesta divinidad. Dada la muerte á los prisioneros, sacrificados al dios Xipe, los sacerdotes los desollaban con admirable destreza, y con sus pieles ensangrentadas, se vestian, ostentando, durante algunos dias, como un timbre de gloria, los despojos sangrientos de las desventuradas víctimas. Los dueños de los prisioneros sacrificados, dominados de profundo sentimiento religioso, ayunaban rigurosamente por espacio de veinte dias, entregándose en ellos á las oraciones y á la penitencia. De todos los placeres de la mesa se privaban durante ese tiempo; la abstinencia en el comer y el beber la observaban rigidamente; pero terminado el penoso ayuno, disponian grandes banquetes á que convidaban á sus amigos, en los cuales, el plato principal era el condimentado con carne de las víctimas.

En la misma fiesta del dios Xipe eran conducidos tambien al sacrificio los individuos que habian cometido algun robo de oro, plata ó de alhajas; pero sus cadáveres, como manchados por el crimen, eran destinados para el alimento de las fieras, que se mantenian en una de las casas de recreo de los reyes.

El nombre con que era conocida la fiesta del dios Xipe, que acabo de describir, se hallaba en perfecta consonancia con la repugnante operacion que se verificaba en ella, pues se llamaba *Tlacaxipehualiztli*, que significa *desollamiento de gente*.

Tercer mes. El 7 de Abril daba principio al mes tercero, y en él se celebraba la segunda fiesta á Tlaloc, dios del agua. Los inocentes niños que se habian reservado en la primera festividad, dedicada al expresado númen, se veian ahora conducidos al sacrificio, llorando vivamente y tendiendo sus brazos hácia la multitud desde las floridas andas descubiertas en que los llevaban. ¡Inútiles clamores y estériles lágrimas! La muerte de las infantiles víctimas se consideraba como un deber sagrado á la divinidad que fecundizaba la tierra con sus lluvias, y aquellas inocentes criaturas sufrían el sacrificio sin que nadie se compadeciese de ellas.

En esta fiesta se llevaban en solemne procesion, desde el templo de Xipe al de Xopico, que estaba situado dentro del recinto del templo principal, las pieles de los prisioneros sacrificados el mes anterior. El concurso era numeroso, y los sacerdotes, entonando religiosos cánticos, depositaban las pieles humanas, al llegar al santuario, en una cueva que habian hecho junto á él.

Fiesta sin sacrificios en el mismo mes, á la diosa de las flores. Mas agradable y poética era la fiesta que dedicaban los xochimilcos, en el mismo mes, á la diosa *Coatlícue*, divinidad de las flores, que dió á luz á *Huitzilopochtli*, concibiéndole, como tengo referido, por medio de una flor, que guardó en su seno, al estar barriendo el templo. Los xochimilcos ó *ramilletteros* le presentaban á la Flora del Anáhuac, graciosos ramilletes de exquisitas flores, artísticamente mezcladas, cuyo suave aroma embalsamaba suavemente la atmósfera. Aquellos ramilletes, formados con el

mas delicado gusto, eran colocados en el altar de la diosa, con la mayor veneracion, y á nadie le era permitido oler sus flores hasta no haber terminado la oblacion.

Cuarto mes. Fiesta de la diosa del maíz. El cuarto mes empezaba con una notable fiesta dedicada á *Centeotl*, diosa de la tierra y del maíz. El mes se llamaba *Hueitzoatzli*, ó vigilia mayor, en que no solo los sacerdotes velaban en el templo, sino tambien la nobleza y la plebe. Los actos con que se preparaban para la fiesta eran duros y sensibles.

Se sacaban sangre de las orejas, de los párpados, de los labios, de la lengua, de la nariz, de los carrillos, de los piés, de las manos, de los brazos y de los muslos, en desagravio de las ofensas hechas á los dioses con los pecados que habian cometido. Satisfechos de que su obra era meritoria á los ojos de la deidad que veneraban, teñian con la sangre que vertian de sus miembros, algunas ramas cortadas de los árboles, y las colocaban en las puertas de sus casas á fin de hacer ostentacion de su penitencia ante los ojos del público. Llegado el dia de la fiesta se sacrificaban á la diosa víctimas humanas, así como varios animales, especialmente codornices. Mientras por un lado se verificaba la horripilante escena de los sacrificios humanos, por otro se veía acercarse al altar de la diosa á hermosas jóvenes, coronadas de flores, llevando en sus manos doradas mazorcas de maíz, que le presentaban amorosamente, juzgando que así quedaban santificadas, y preservado el grano de todo animal dañino. Terminada la ceremonia de la presentacion de las mazorcas, las volvian á conducir á sus graneros, entonando cánticos

de alabanza á la divinidad. Los militares repetian en esta fiesta sus simulacros de guerra.

Quinto mes. El 17 de Mayo era el dia con que daba principio el quinto mes, que casi todo él se componia de festividades. La primera y principal se celebraba en honor del dios *Tezcatlipoca*, que ocupaba, despues del Supremo Sér, el rango mas elevado en la mansion de las divinidades, y á quien, como tengo dicho, se le creia autor del cielo y de la tierra y *el alma del mundo*. Como se le representaba jóven, hermoso y robusto, se elegia tambien para que fuese sacrificado en sus altares el prisionero de mas distinguida figura, que reuniese las condiciones fisicas que se le atribuian á la fabulosa deidad. La eleccion del prisionero se hacia un año antes de que llegase la fiesta, y desde entonces se le vestia con riquísimos trajes, semejantes á los que se le ponian al ídolo; se le instruia en la manera de desempeñar con gracia y dignidad el honroso papel que á su cargo tenia, y se le dejaba pasear libremente, aunque siempre escoltado por una respetable guardia. El oficial encargado de su custodia no podia oponerse á que marchase libremente á los sitios que mas halagasen su fantasía para pasearse; pero, aunque á distancia regular, vigilaba constantemente sobre él para que no huyese, pues la pena impuesta al que dejaba huir á la víctima, era ocupar su mismo lugar para el sacrificio.

Las distinciones que se tenian con el gallardo prisionero tocaban en veneracion. Los nobles encargados de cuidarle le incensaban, le obsequiaban con ramilletes de flores y hacian que le sirviesen en la mesa los manjares

mas exquisitos. Cuando salia á la calle iba acompañado de nobles pajes de palacio, pendientes siempre de obsequiar hasta su menor deseo; y por donde quiera que pasaba ó se detenia, la multitud se prosternaba ante él, rindiéndole homenajes y respeto, como si realmente fuese una divinidad. Encargado de pedir limosna para el culto, como se encargaba á todo prisionero, á quien se vestia con las insignias del dios á quien iba á ser sacrificado, recorria los puntos principales de la ciudad alcanzando considerables presentes, que recogian y llevaban al templo los que le acompañaban.

Así, entre el lujo y el regalo, que para el obsequiado prisionero no eran mas que recuerdos vivos de una muerte próxima, pasaba los dias, echando de menos los que habia visto transcurrir al lado de sus amigos y en su propia patria, con menos regalo, es cierto, pero con mas tranquilidad, mas alegría y mayor libertad.

Entonces podia endulzar sus penas y sus dolores, comunicándolas á un amigo, á un hermano, á una amorosa madre. Ahora tenia que ahogar en el corazon todo sentimiento de pesar: ahora se le obligaba á manifestarse contento, para no agregar á su honda pena el severo castigo que se le hubiera aplicado, manifestándose triste, pues se tenia por funesto agüero que la víctima no apareciese contenta.

Tener que reir con el semblante, cuando se llora con el corazon, debe ser uno de los tormentos mas terribles del hombre de tiernos y nobles sentimientos.

La máscara del placer se adapta bien con las almas egoistas: no con las nobles y sensibles.

Veinte dias antes de la fiesta, y á fin de que gozase de

todos los placeres de la vida, se le casaba con cuatro jóvenes doncellas, de singular belleza, á quienes daban los nombres de cuatro diosas principales. Era un sarcasmo presentar las delicias del amor, del afecto que presta encanto y existencia á todo, á las puertas de la horrible muerte del sacrificio. Los cinco últimos días, las atenciones con la elegida víctima se multiplicaban, y los nobles le daban espléndidos banquetes en que se le servían las bebidas mas exquisitas, tributándole todos los distinguidos honores que hubieran rendido á la misma divinidad.

Mientras el obsequiado prisionero veía acercarse el fin de su existencia entre el amor y los placeres, acibarados por el recuerdo de una muerte próxima, en el templo se preparaban las cosas necesarias al esplendor de la festividad del dios Tezcatlipoca. Diez dias antes de la celebracion de la fiesta, se vestía un sacerdote con vestiduras parecidas á las de la deidad, y tomando en la mano un ramo de flores y una flautilla de barro, salía del templo y se colocaba en un sitio bastante elevado. Al verse allí, levantaba el rostro, y mirando primero al Oriente y en seguida á los otros tres puntos cardinales, llevaba á los labios la flautilla, la tocaba con fuerza, dejando escuchar un sonido agudo á distancias considerables; tomaba del suelo, acto continuo, un poco de polvo, que á poco tragaba con gran reverencia, y en seguida volvía al templo. Al oír el sonido del agudo instrumento, todos se arrodillaban; los que habían cometido algún crimen temblaban sobrecojidos de espanto, pidiendo á la poderosa deidad perdon de sus culpas y la gracia de que no fuesen descubiertos sus delitos; los buenos, solicitaban perseverancia; los militares, feliz

éxito en las batallas y gran número de prisioneros para sacrificarlos en honor de los dioses; y todos repetían la ceremonia de llevar el polvo del suelo á la boca y tragarlo con gran respeto, implorando la proteccion y misericordia de los dioses.

El toque de la flautilla, por el sacerdote, se repetía todos los dias á la misma hora, causando el mismo efecto en los habitantes de la ciudad; y la víspera de la fiesta, los nobles regalaban al ídolo un traje nuevo de gran valor, que los sacerdotes le ponían inmediatamente, guardando el que le quitaban en una caja del templo, como reliquia preciosa de inestimable precio. Puesto el nuevo vestido, le adornaban con ricas alhajas de oro, plata, piedras preciosas y hermosas plumas; le incensaban con aromático copal, y en seguida abrían el porton que cerraba siempre la entrada al templo, para que todos los concurrentes pudiesen ver y adorar la veneranda imágen del dios Tezcatlipoca. El dia de la fiesta, un inmenso gentío llenaba el átrio interior del templo, esperando la solemne procesion con que empezaba la ceremonia religiosa. La mayor compostura y recogimiento se observaba en la numerosa concurrencia. Ni una palabra mal sonante, ni el mas ligero acto de disgusto, ni nada que revelase irrespetuosidad ó negligencia, se advertía en las personas allí reunidas.

Mientras con satisfaccion religiosa esperaba la multitud la solemne fiesta, el gallardo jóven destinado para el sacrificio veía desaparecer todos los goces y delicias que le habían proporcionado por espacio de un año. El papel que había representado, imitando las maneras del dios á quien le destinaban, iba á terminar en la dura piedra de